



Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 6, N° 11- Rosario- Argentina, Octubre de 2013

ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de La Universidad Nacional de Rosario, pp. 5-8

CAIMARI, Lila, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, 256 páginas. ISBN 978-987-629-219-1

Fernando Manuel Suárez¹

Universidad Nacional de Mar del Plata/CONICET/Centro de Estudios Históricos (CEHis)

fermsuarez@gmail.com



Mientras la ciudad duerme representa una más que interesante novedad en la historiografía argentina, una ambiciosa empresa que intenta retratar a la sociedad porteña del período de entreguerras. Esta obra se inscribe en la nutrida tradición de la siempre pretenciosa Historia Social que, asistida por una diversidad enorme de fuentes y documentos, procura delinear, no sin dificultades, las complejas tramas que componen a una sociedad sujeta a intensos cambios y alteraciones. Las limitaciones propias del fragmentario y atípico acervo documental al que recurre la autora la obligan a encasillar su estudio dentro del género ensayístico, aunque está claro que excede en rigurosidad y profundidad esta caracterización un tanto injusta. Las diversas fuentes documentales, sobre todo periodísticas, son aprovechadas por la autora para ofrecer una investigación original, que debiera ser inspiradora para jóvenes investigadores que se

inicien en ésta tan importante y, a la vez, inexplorada temática.

¹ Recibida: 31/01/2013

Aceptada: 19/03/2013

Lila Caimari atraviesa con tal fin una serie variopinta de temáticas y enfoques, apelando a una narración fluida, que coquetea con distintos géneros de la literatura y el cine. Resulta difícil encasillar su trabajo, ya que se trata, a la vez, de una historia de lo urbano, de lo suburbano, de la criminalidad, de lo policial, del delito, de la prensa, de las costumbres, de las representaciones sociales, de la tecnología, de los consumos culturales. Todos esos intereses y perspectivas se entrecruzan en una narración que brega por la complejidad y las conjeturas, antes que por las afirmaciones tajantes y las hipótesis fuertes. Se convierte así en una obra compuesta de fragmentos, como reflejo de una sociedad porteña de entreguerras alterada por los cambios que produce la interacción de la crítica situación económica, el creciente desorden social y una sostenida virulencia política.

La autora procura realizar, entonces, una historia sobre la cuestión del *orden social*, construida a partir tanto de las prácticas como de las representaciones. Sin embargo, Caimari prefiere examinarlo a partir de las nociones que se desprenden de la alteración de ese orden, es decir del *desorden*, sobre todo en lo que respecta al crimen y el delito. La autora llama la atención acerca de la ausencia de esta temática en la historiografía vernácula sobre el período, y propone hacer una historia *del crimen* y, más aún, *desde el crimen*. Esto no implica hacer un retrato preciosista de delincuentes célebres y sus hazañas, sino que resulta en un minucioso análisis de los múltiples cambios que se articulaban para contribuir a la configuración de ese *orden/desorden* tan particular en la perturbada ciudad de Buenos Aires de mediados del siglo XX.

Con múltiples guiños que remiten a la actualidad, Caimari propone en su capítulo I *Pistoleros* indagar la evolución de la criminalidad en la ciudad de Buenos Aires, no sólo sopesando la cantidad de delitos, sino también revisando los cambios en las modalidades delictivas y, además, las representaciones mediáticas en torno a ellas. Si bien resulta claro que la noción de *desorden* es una construcción social sustentada en el orden de las representaciones, Caimari procura poner en evidencia que las modificaciones en las condiciones materiales de existencia de la sociedad repercutían directamente en las prácticas y, por ende, condicionaban la percepción del *orden/desorden*. Es por ello que la autora presta particular atención a los hábitos de consumo de artefactos culturales, la manera en que las personas accedían a novedades tecnológicas de manera tendencialmente masiva y cómo esto alteraba su cotidianeidad. De esta manera indaga, primeramente, cómo el consumo de armas automáticas y de automóviles afectaba las prácticas y los hábitos cotidianos de la gente, para luego corroborar el impacto en el complejo mundo de la delincuencia y la criminalidad *per se*. Estas incorporaciones de tecnología trastornaban severamente el paisaje urbano *in extenso*, perturbaban el ritmo y la sonoridad de la ciudad. El *orden* público se veía alterado por una serie de contravenciones y pequeños delitos ligados, principalmente, al uso del automóvil, como el exceso de velocidad.

Tras ello, la autora retrata cómo la masificación de este tipo de consumos alteró las prácticas delictivas –y también las represivas–, imprimiéndoles velocidad y espectacularidad. La sustitución de las armas punzo-cortantes por las de fuego y la incorporación del automóvil dotaron de nuevas características al *modus operandi* típico del delincuente de mediados de siglo. La figura del pistolero comenzará a dominar la escena, potenciada por una coyuntura política que integraba estos novedosos consumos culturales a una época dominada por el fraude y la extorsión.

Como en la vieja operatoria de la Historia Social, tras analizar los cambios en la existencia material de los ciudadanos porteños, Caimari se propone indagar los *Lenguajes del delito*, es decir cómo se transformaron las formas de comunicar y de representar el crimen a raíz de las nuevas prácticas delictivas que emergían. El periodismo policial fue ganando en preponderancia y alterando su forma, mutando de un estilo más afecto a las explicaciones científicas –de matriz lombrosiana– a uno dominado por las descripciones sensacionalistas en clave cinematográfica. La popularizada figura del pistolero se potenció con los nuevos modos delictivos, para conformar ese cuadro fílmico compuesto por delincuentes célebres,

golpes a mano armada, épicas huidas y persecuciones. El interés por las condiciones performativas que daban origen a los criminales arquetípicos –rasgos fisonómicos, origen socio-económico, perfil psicológico– fue dejado de lado en las nuevas crónicas, más interesadas en la sucesión de acciones concretas y sus inesperadas consecuencias. Las fotografías, dibujos y viñetas ilustraban las noticias, y contribuían a fomentar la espectacularización de los eventos, utilizando la realidad como una excusa para imbuir a sus lectores en una trama de atractivo literario y cinematográfico.

Distinto cariz toma la narración de Caimari cuando toca el asunto de los *secuestros*, otra nueva modalidad delictiva cuyas características específicas produjo consecuencias que trascendieron el mero amarillismo de la crónica policial típica. El caso Ayerza le sirve de excusa a la autora para problematizar el complejo límite que existía entre un hecho delictivo magnificado por la prensa –dada su permanencia en el tiempo y la apelación a sensibilidades ligadas a las relaciones familiares– y el inconsistente universo de la legislación penal, impávida ante las nuevas modalidades del delito. El malestar social provocado en la opinión pública por estos muy publicitados crímenes desembocó en agudas críticas al sistema judicial y un sostenido reclamo para que se agudizaran las medidas destinadas a prevenir y castigar el delito. Con sutileza, pero sin ocultamiento, Caimari propone una interesante oportunidad para interpelar, a través de los hechos del pasado, el tiempo presente, y las distintas aristas que existen en torno a estos problemas –plasmados en la agenda pública– que parecen tener poco de nuevos.

En el capítulo III Caimari finalmente arriba a la discusión del *orden* en sentido estricto, poniendo en el centro de la escena el ordenamiento espacial y el control social como variables principales de análisis. Es la institución policial la que domina el centro del relato –tras haber pasado por los criminales y la prensa. Es la policía un actor particularmente afectado por los cambios, tanto económicos y políticos como sociales. La crítica situación económica, que altera necesariamente el orden social, se ve agravada por las variaciones a raíz de las contingencias políticas. Los poco capacitados agentes del orden debían contener los desbordes sociales, atender las múltiples contravenciones y, sumado a esto, incurrir en el espionaje político.

La escasa profesionalización del personal, refrendada en una modesta paga que percibía y un bajo grado de instrucción, lo volvía poco más que inútil frente a los vertiginosos cambios que acontecían, e, incluso, también ante las más lentas modificaciones en la normativa que buscaba contenerlos. La proliferación de edictos contravencionales es un rasgo de la época, que más que demostrar la eficiencia del control denunciaba, en cierto modo, lo contrario. La existencia de tales medidas graficaba un estado creciente de *desorden*, que se sumaba a la autonomía de los agentes de policía para implementarlos y las limitaciones materiales para ejecutarlos en plenitud. La arbitrariedad y la heterogeneidad de criterios eran las consecuencias visibles de tal situación. Sin embargo, ya había indicios claros de la búsqueda de un nuevo *orden* de cosas desde una perspectiva integral, que en el mediano plazo repercutiría en el propio organismo que debía tutelarlos.

En *Detectar el desorden* (capítulo IV) Caimari avanza en las dificultades que suponía adaptar las instituciones a las nuevas necesidades plasmadas en las normativas, en una compleja trama, no exenta de contradicciones, entre la letra legal y la acción concreta. Siguiendo con la línea argumental del capítulo precedente, la autora refleja los problemas desprendidos de la integración de la policía en la trama social. El sujeto policial, proveniente de las clases populares, estaba incluido en una sórdida trama vinculada a distintas actividades que bordeaban la ilegalidad. Habitué de los bares y cantinas, y cómplice necesario del juego y la prostitución, el policía barrial era una figura inmersa en las propias configuraciones sociales que debía –en teoría– controlar. Las redes personales –mezcla de amiguismo y corrupción– definían al servidor público, más aún que su adscripción a la institución policial. Resolver ese problema era uno de los objetivos principales de la profesionalización: establecer una barrera simbólica entre el responsable de vigilar el cumplimiento de la ley y aquellos que debían ser vigilados.

A esa indiferenciación, se sumaba la escasa capacidad de respuesta del Estado ante los cambios sociales: el vertiginoso aumento demográfico y las novedades en el repertorio delictual. Para ello, en complemento con una formación más adecuada, se dieron avances muy significativos en la dotación de recursos para las fuerzas de seguridad y, más importante aún, un salto tecnológico en los equipamientos: la Colt 45 se convirtió en el arma reglamentaria de la policía, se la equipó de una flota considerable de automóviles para desempeñar el servicio y de un moderno sistema de comunicaciones. Este fomento de la profesionalización ampliaba la distancia del agente con la sociedad a la que prestaba servicio, propiciando la construcción de un perfil claramente distinguible del representado a principios de siglo.

El capítulo V *Los lugares del desorden* examina la dimensión espacial como eje principal. La estructuración del espacio configura una dimensión nodal en la constitución de un *orden*, fija límites, fronteras, hitos, define lo que está “adentro” y lo que está “afuera”. En otro sugerente guiño al presente, la autora aborda la relación antinómica entre la ciudad de Buenos Aires y lo que se empezaría a conocer como Gran Buenos Aires, un contraste entre la ciudad conquistada por el orden y el lugar donde estaban conminadas las expresiones de la ilegalidad que asediaban a la moderna metrópoli. Heredero del *bajo fondo* porteño, el Gran Buenos Aires se convertiría en el nicho de la ilegalidad, territorio de desarrollo de dinámicas actividades económicas y sociales que ya no tenían lugar en la pujante capital. En la medida que el aparato de vigilancia policial ganaba en eficiencia y profesionalización –y acumulaba éxitos en su combate a las actividades ilegales–, el delito se iba a corriendo a los márgenes. Esos nuevos nichos fecundos para las actividades para-legales representaban una nueva amenaza para el *orden* consagrado, esa marginalidad evidenciaba una interacción compleja entre la modernización conquistada y la acechanza de los males desplazados a la periferia. La ampliación de la frontera de la criminalidad alteró el sentido del espacio, si bien, por un lado, había sido exitoso en expulsar los problemas allende su frontera, por otro, la policía porteña comenzó un paulatino proceso hacia la federalización de su incumbencia.

En el último capítulo, y a modo de conclusión, Lila Caimari recorre minuciosamente el orden de las representaciones en torno a la policía y la configuración de un perfil distinto al preexistente. Las representaciones en torno a la figura policial establecen una trama compleja de relaciones, que ponen en entredicho la pertenencia social del agente, su articulación con la sociedad y su profesionalismo. Estas representaciones se elaboraban en varios niveles –en torno a la tensión entre el “ser” y el “deber ser” del policía–, y ella los inspecciona repasando la producción cultural y mediática en torno a la institución policial. Desde esos medios detecta que se promovía una concepción de la institución y de las personas que la componía, cuya especificidad varió en el tiempo. La figura del policía-héroe, cuya validación social estaba basada en su abnegada entrega y sacrificada vocación, iría ganando centralidad frente a esa más atenuada, diluida en el oscuro mundo del bajo fondo, del vigilante de otrora. La valoración de este héroe anónimo es refrendada por la institución que establece hitos simbólicos y contribuye a esa representación desde la literatura y la prensa. Por último, Caimari hace una somera mención a la relación entre la policía y el conflicto social, dejando una puerta entreabierta en torno al rol de este actor, muchas veces olvidado, en la emergencia y consolidación del peronismo.

Palabras clave: orden – desorden – policía – delito

Key words: order – disorder – police – crime